

denteando por la semilla).
 Un aire casero, gordo,
 arma en la mar sus campiñas
 de colcha y empapelado
 y alfombra y oleografía.
 —Todas las flores son tréboles;
 todos los colores, pintas,
 y el fondo, albiduro olor
 de tohalla limpiecita.
 El sol, en la grey de nubes,
 una vacota barcina
 que suena esquilín de cobre
 y los cielos emboñiga.
 (Piaban tramboyos alados
 en las algas donde anidan;
 horizonte de llanura,
 —la cola de la corvina).

—Neptuno, dios de las aguas,
 ilustración de las tías,
 éxito municipal
 y moco de alba marina...
 (Con el tridente torcido,
 limpió de esponjas y grutas,
 antes que don Luis llegara,
 la honda arena marina).
 Ha rematado los cobros
 en entradas y salidas,
 bigote garibaldino,
 alquilón de ropería.
 Le piden las posaderas
 trono de pasados días,
 zar de Siberias en rollos
 que son las olas estivas.
 Y el viejo dios, en exilio
 de humanidad se adulciga
 el rencor jugando a Ponthos
 con baldes y bacinicas.

(Don Luis en la enredadera,
 adonde llegado había,
 era la flor de lo absurdo
 que arraigaba en carne viva.
 La piedra dábale savia
 a ese árbol de malicias
 de lecho y tumba; — ¡don Luis
 volviéndose campanilla...
 —Con su sangre generosa,
 la planta percrecería
 hasta alcanzar al Empíreo,
 que era su patria nativa.
 Renacimientos de Reinach
 fracasaban a la vista,
 tontas fábricas de arena,

de guijarros, de saliva...)

Mil novecientos veintiocho,
 año de memoria impía
 porque en él don Luis de Góngora,
 difunto, ya se suicida.
 Y de una muerte floral,
 y con pose episcopicia;
 —don Luis, una flor morada,
 perula costa subida...

En la ciudad, y en la plaza,
 y de la fuente en la pila,
 navega abarquillamientos
 de papel un niño niña.
 (Piños de jacarandá,
 cargando lágrimas lindas
 de temor de soledad,
 naufragaban a la orilla).
 —Costas de antiguo cemento
 y un monstruo que simboliza,
 cola y fauces acuevadas,
 las tormentas de la vida.
 —¿Por qué te ha dejado solo,
 ay, Federico García,
 don Luis de Góngora, el clérigo
 poeta que amonaguillas?

—¡Oh, noches inconsteladas
 con la luna redondita
 centrando la infinitud
 óptica de bicromía!
 ¡Oh, noches que yo dispongo
 para lindarlas en rimas!,
 ¡oh, noches de sólo luna!,
 ¡oh, noches de largavista!
 —Mas hoy, don Luis, no me engañas
 que las sombras son mentira,
 el mar es agua que suena
 y la luna está vacía...

(A la hora de cenar,
 cuando el último tranvía
 y el ómnibus más tardío
 hubieron llegado a Lima—.
 A esa hora, a la luna,
 alzó la bañistería
 los ojos enrojecidos
 de sal, de pisco, de risa.
 El mar estaba en su sitio;
 toda botella, vacía;
 del presbítero oficiante,
 ni el recuerdo ellos veían.
 La su copa de champaña